

Marcos KAPLAN

Heilbroner, Robert L., *Business Civilization in Decline* 797

tradores, tesoreros, comités de vigilancia, etcétera). Lejos de crear valor con su trabajo, estos consumen, por el contrario, una parte importante de la riqueza producida.

Se refiere también a la posibilidad de establecer cooperativas en el campo y afirma que en abstracto se puede aceptar que la creación resolvería el problema de la modernización técnica de la agricultura minifundista y permitiría una acumulación y una explotación más adecuada en razón de la superficie de las explotaciones, pero añade que si los mecanismos de mercado subsisten y si no se modifican radicalmente las relaciones de fuerzas entre clases sociales, quedarán prácticamente sin solución dos problemas: el de las modalidades prácticas de la acumulación y el de la proletarianización de la inmensa mayoría del campesinado.

Sobre el mismo tema hace una aseveración lapidaria cuando menciona que

la colectivización crea las condiciones y las fuentes de una acumulación más eficaz, pero al mismo tiempo no adquiere su pleno significado sino eliminando una masa importante de trabajadores del proceso de producción agrícola. En el caso contrario, la creación de cooperativas se limitaría a erigir un marco formal dentro del cual la producción para el mercado sería infinitamente más cara —socialmente hablando— que en las explotaciones capitalistas privadas.

Concluye su extraordinario trabajo Michel Gutelman afirmando que únicamente la supresión de los mecanismos del mercado y su remplazo por un plan democrático central permitirían al mismo tiempo acumular racionalmente y dirigir, en función de prioridades socialmente determinadas, la fuerza de trabajo hacia tal o cual sector de producción. La supresión de la propiedad privada de los medios de producción que ello implica es la única que podría eliminar los obstáculos que se oponen al aumento de la utilización racional de todos los recursos sociales en fuerza de trabajo. Es la única susceptible, por consiguiente, de eliminar los obstáculos que impiden el incremento de la producción en todos los sectores de la economía. En México, añade, “la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra es hoy, innegablemente, un freno para la expansión de las fuerzas productivas”.

MARIO RUIZ MASSIEU

HELLBRONER, Robert L., *Business Civilization in Decline*, Pelican Books, 1977.

Vastamente conocido como profesor e investigador de economía, miembro

del personal académico de la prestigiosa New School for Social Research (New York), Robert L. Heilbroner ha publicado una serie de obras de calidad y repercusión considerables, tales como *The Future as History*, *The Wordly Philosophers*, *The Great Ascent* (publicada en castellano por el Fondo de Cultura Económica de México), *The Quest for Wealth*, *The Economic Problem*, *Between Capitalism and Socialism*, *An Inquiry into Human Prospect*. Una de las características más notables de su obra es la combinación del riguroso análisis sobre las tendencias catastróficas en las sociedades contemporáneas y sobre los elementos sociales y humanos que pueden proporcionar la energía y capacidad para superar las amenazas.

En la obra que se reseña Heilbroner parte de la idea que el capitalismo contemporáneo se desplaza cada vez más hacia la planificación. El aparato político crece firmemente, va aumentando su poder y usurpando funciones antes delegadas a la esfera económica, no para destruirla sino para preservarla. ¿Cómo interpretar este fenómeno, ubicándolo en la perspectiva de un movimiento histórico más amplio? ¿Planificación y ampliación del aparato del Estado significan que la civilización capitalista declina y tiende a desaparecer? Para examinar estos procesos y responder a tales preguntas, Heilbroner considera inadecuadas tanto la concepción conservadora como la de los marxistas convencionales, por presentar estereotipos que no iluminan suficientemente la realidad económica y política ni el destino hacia el cual se marcha.

Con el fin de ubicar estas cuestiones en la perspectiva histórica, Heilbroner se ocupa ante todo de las tendencias actuales y el futuro inmediato y examina las tres grandes fases del intervencionismo estatal en los Estados Unidos: una primera, que va desde el periodo colonial hasta la primera mitad del siglo XIX; una segunda, que abarca desde la Guerra de Secesión hasta las vísperas del *New Deal*; una tercera, desde el periodo rooseveltiano hasta la actualidad. En la primera fase, el Estado interviene en favor de la formación y de la expansión de la economía (financiamiento federal y estadual de la red de transportes y comunicaciones, de la educación). En la segunda fase, proliferan las agencias gubernamentales (Interstate Commerce Commission, Federal Trade Commission, Federal Reserve System) que supervisan la operación de sectores económicos como agricultura, banca, bolsa de valores, servicios públicos; regula los mercados y los ordena, cuando la competencia amenaza con llevar a la bancarrota, la pérdida de confiabilidad, la desmoralización, una serie de abusos intolerables.

La tercera fase se identifica con la extensión de la responsabilidad pública por el funcionamiento del sistema. El gobierno central hace un uso cada vez amplio y enérgico de sus poderes, sobre todo fiscales y monetarios, para

contrarrestar deficiencias en la demanda agregada, llevar los empleos e ingresos individuales por encima de alguna línea mínima de pobreza.

La intervención estatal se va extendiendo y reforzando para apoyar y promover el crecimiento económico; controlar los mercados; proveer un mínimo de servicios sociales; controlar o suprimir la inflación, y en general, para conservar el sistema social del capitalismo amenazado por sus tendencias autodestructivas y proteger sus estructuras y estratos de privilegio, sus instituciones y mecanismos fundamentales.

Destaca Heilbroner, sin embargo, que en el capitalismo son estáticos su núcleo social, su estructura de privilegio, no su estructura institucional en general, sobre todo la relación empresa-Estado. Ello impide definir de manera estrecha el poder autónomo del Estado y la influencia modeladora independiente de las instituciones sociales. El aparato político no está sometido a los intereses económicos privados del sistema. Existe una esfera o instancia política cuya composición, coherencia y voluntad varían enormemente de un capitalismo nacional a otro, siendo algunas maquinarias político-estatales más fuertes en algunas economías nacionales que en otras. El poder político puede ejercerlo para fines que van más allá del puro y simple mantenimiento del privilegio. La mera preservación de la sociedad puede requerir cambios que alteren profundamente las relaciones sociales del capitalismo. El Estado puede separarse de la base económica y afirmar su control para el fin último de preservar un determinado sistema de poder político. Estas son para Heilbroner las tendencias que subtienden la evolución a largo plazo del capitalismo.

Para Heilbroner, la relación entre el Estado y la empresa privada será cada vez más afectada por la naturaleza y severidad de las dificultades generadas por el funcionamiento económico del sistema, sobre todo tres tipos de ellas: a) las que provienen de la continua propensión del capital a desarrollar desórdenes generalizados, como la inflación, la deflación, la depresión; b) la tendencia sistemática al desarrollo de serios desórdenes localizados: cuasicolapsos del sistema de transporte masivo, de las estructuras financieras, de las grandes ciudades; c) peligros y coacciones sobre el medioambiente: agotamiento de recursos, polución, degradación. De allí derivan las tendencias a la intervención estatal, para evitar procesos catastróficos, el derrumbe de actividades con impactos ruinosos; para asumir la propiedad pública de actividades privadas no rentables, y la gestión de actividades públicas locales en quiebra; para la regulación, la dirección o la supresión forzada de otras actividades descontroladas o destructivas.

En consecuencia, se tendería al establecimiento de una economía capitalista planeada, a un grado creciente de regulación y control estatales, para mantener vivo al capitalismo y preservar su núcleo inerte de institu-

ciones y privilegios. Iría emergiendo así una estructura socioeconómica y política caracterizada por grandes corporaciones burocráticas, organizadas en un conjunto viable por una agencia planificadora que intentaría reconciliar el impulso hacia el beneficio privado con la necesidad evidente de restringir actividades en algunas áreas y estimularlas en otras, evitando macro o microdesastres que amenacen la estabilidad del sistema capitalista como un todo. El sistema de propiedad privada, de privilegios particulares, de mercado, sería adaptado a los nuevos desafíos y peligros que de otro modo podrían someterlo a disrupciones fatales.

El proceso puede implicar sin embargo algo más que una mera adaptación del capitalismo a nuevas condiciones. Las corporaciones seguirían ejerciendo la influencia mayor en la determinación del tamaño y la composición del plan nacional; el mercado seguiría funcionando; el ejecutivo corporativo conservaría autonomía y recibiría un ingreso desproporcionadamente grande. Pero dada la creciente gravedad de la situación que enfrentaría la autoridad planificadora el plan no sería, sin embargo, una suma aditiva de intereses privados, ni preservaría siempre y totalmente las prerrogativas de las élites corporativas; la empresa privada se volvería cada vez más parte integrante del servicio civil del Estado nacional, al que proveería de un apoyo indispensable, pero pasivo. El mundo de las empresas capitalistas se iría sumergiendo bajo el Estado nacional o fusionándose con él, las responsabilidades sociales de unas y otras se distinguirían cada vez menos. Dado que la nacionalización y la estatización no son garantía automática de conducta responsable ni panacea universal surge la posibilidad que, en un futuro más o menos inmediato, los medios más efectivos de la nacionalización podrían ser sectores productivos mixtos en los cuales ciertas unidades serían nacionalizadas para fijar y aplicar políticas nacionales, mientras que el resto de las respectivas actividades productivas sería autorizada a funcionar por su cuenta y buscaría beneficios a fin de impedir la fosilización de la saliente nacionalizada.

De manera general, todo ello abriría una era de transición de un sistema dominado por la empresa privada a otro dominado por el Estado. Heilbroner se pregunta al respecto ¿Seguirá siendo capitalismo? ¿Alterará todo ello el núcleo social inerte del privilegio? El segundo paso de su análisis se desplaza del futuro inmediato a una distancia media en el tiempo, dimensión respecto de la cual la predicción es más difícil.

Los elementos de incertidumbre sobre la evolución del sistema en una distancia histórica media, más allá del futuro inmediato, son de diverso tipo. La visión apocalíptica de un capitalismo inherentemente autodestructivo no se ha confirmado. A la inversa, llega a su fin la creencia en un capitalismo capaz de mejorar esencialmente su funcionamiento. Puede me-

orar, aumentar la provisión de servicios, cumplir ciertas reformas, pero su éxito económico no garantiza la solución de dificultades sociales, no prevé estabilidad y satisfacción generalizada, no garantiza la armonía entre clases y grupos. Existen y aumentarán las diferencias posibles en la capacidad de respuesta de diferentes capitalismo nacionales, por desiguales capacidades de distintos países en el recurso a reservas de tradición, maquinarias administrativas e incluso los azares de la vida política.

Si lo único que, según Heilbroner, se puede predecir, es el crecimiento y el ascenso del aparato político a posiciones de mayor igualdad y quizás de superioridad sobre las estructuras y mecanismos y las operaciones ciegas del sistema económico, sí se puede identificar la naturaleza de las futuras tensiones y desafíos, sobre todo lo que deriva de la persistencia e incidencia de la afluencia, y de los impactos tecnológicos.

La afluencia, prosperidad o abundancia en que Hilbroner piensa no depende tanto de la posesión de bienes privados, como de derechos y expectativas respecto al ingreso y a la seguridad económica y a su amplia y sustantiva protección. Ello crea dos tipos de dificultades al funcionamiento de capitalismo estatista como lo llama el autor, lo que quizás podría denominarse capitalismo de Estado: los que derivan de la inflación y de la alteración gradual del equilibrio de fuerzas en favor del sector trabajo que ha permitido, hasta cierto punto, un aumento regular del nivel de salarios por encima de la productividad; y las que provienen de la necesidad de una nueva disciplina social que provea fuerza de trabajo dispuesta a asumir las tareas necesarias, pero desagradables.

La tecnología que el capitalismo impone y utiliza en todo el mundo, con atributos comunes provenientes de una organización según líneas de eficiencia, producción en masa y flujos más o menos continuos de productos, produce un conjunto de efectos conflictivos y disruptivos, entre los cuales interesa destacar los siguientes. Esta tecnología se identifica con una organización jerárquica de trabajo, y con la sujeción de la fuerza de trabajo a una rutina impuesta por las necesidades de la eficiencia y de la producción continua. La presencia de unidades de producción gigantescas y coordinadas requiere mecanismos administrativos de control para guiar y supervisar el proceso de producción y distribución y evitar errores y desequilibrios, lo que refuerza la tendencia burocratizante de la empresa privada y del Estado. Surgen nuevas élites científico-técnicas que luchan por el poder con los empresarios capitalistas, tanto en la esfera económica como en la política. Una tecnología con capacidades para crear enormes males sociales, requiere el racionamiento o la prohibición de sus avances y aplicaciones.

Los problemas del futuro a mediano plazo están tan enraizados en la

naturaleza de la sociedad industrial como en la del capitalismo, y afectan por lo mismo también a los regímenes posrevolucionarios de planificación centralizada (URSS, Europa oriental, etcétera). Se marcharía así a una fase de cambios transistémicos, enraizados en la naturaleza industrial de la sociedad, más que vinculados a desafíos específicos del capitalismo solamente. Heilbroner considera que las instituciones económicas del socialismo pueden demostrarse superiores a las del capitalismo planificado, y las instituciones políticas del capitalismo más ventajosas que las del socialismo. Se pregunta, por lo tanto, si sería posible combinar o fusionar lo mejor de la práctica económica socialista y de la práctica política del capitalismo liberal.

Antes de coronar su análisis con la consideración del periodo de largo plazo, Heilbroner se enfrenta a dos tipos de problemas: el relacionado con la hipótesis de un capitalismo posindustrial, y el de la corporación multinacional.

El llamado *capitalismo posindustrial* se caracterizaría por los siguientes atributos:

a) Es una sociedad en la cual el sector terciario o de servicios de la economía predomina como actividad sobre la agricultura y sobre la propia industria.

b) Es una sociedad que depende para su crecimiento de factores más cualitativos que cuantitativos: del conocimiento, la educación, el entrenamiento, la tecnología.

c) Es una sociedad en la cual los problemas tradicionales del capitalismo dan lugar a un nuevo conjunto de problemas relacionados con las alteraciones de la estructura organizativa: mayor consenso económico, incremento del papel y del peso del Estado benefactor, crecimiento del sector público, disminución o desaparición de tendencias revolucionarias.

A esta caracterización opone Heilbroner una serie de cautelas y reservas metodológicas y empíricas, y la preocupación por distinguir continuidades y diferencias con el capitalismo clásico. Entre las continuidades señala: el mantenimiento de las tendencias a la concentración empresarial, a la burocratización y jerarquización. Entre las diferencias señala: el refuerzo de la necesidad y la receptividad a la planificación; la vulnerabilidad de la economía y la sociedad a los conflictos laborales, lo que mina la eficacia de los mecanismos de mercado y aumenta la necesidad de la intervención arbitral del Estado y de la planificación; incremento de las expectativas de seguridad en el empleo; mayor presencia de la acción política. El capitalismo post-industrial implicaría el final del fatalismo social. Los impactos de los conflictos y catástrofes, sociales y naturales, no son más pasivamente aceptados como resultado de procesos imprevisibles, incontrolables e ine-

vitables. La elevación de la voluntad política sobre el juego ciego de las fuerzas económicas tiende a desplegarse hacia un creciente dominio del universo natural y social, y hacia esfuerzos más audaces para escapar de la servidumbre de fuerzas socioeconómicas hasta entonces incontrolables e incomprensibles.

En la exploración de las relaciones entre el capitalismo y la corporación transnacional Heilbroner parte de la constatación que la evolución del capitalismo no se limita al interior de un país. Ella debe luchar con dos tipos de elementos y procesos: los correspondientes a las fuerzas provenientes de las vastas y antes pasivas áreas del mundo subdesarrollado; los referidos al largo impulso transnacional de la civilización capitalista, sobre todo el advenimiento de la corporación multinacional como empresa gigante que podría reemplazar al Estado-nación como principal estructura organizativa del futuro. Al respecto, después de sintetizar la caracterización ya bien conocida de la empresa multi o transnacional, Heilbroner se pregunta si se trata de un fenómeno tan nuevo como se piensa. Sostiene que se trata de un cambio de grado, no de especie, del mundo de grandes empresas aún contenidas en los límites nacionales, incluso la fase de la economía mixta. Para Heilbroner, las multinacionales no han llegado a transformar el capitalismo de modo de reducir su tensión político-económica, ni la han resuelto en favor de su hegemonía. Hoy, y cada vez más en el futuro, se da e irá dando un conflicto entre dos modos de organizar los asuntos económicos; el modo vertical, por estructuras de producción centralmente organizadas y pannacionalmente enraizadas; y el modo horizontal, dentro de fronteras celosamente guardadas del Estado-Nación. En esta lucha entre dos modos de organización en gran escala, Heilbroner cree que el modo de la economía no puede lograr una precedencia final sobre el de la política. La corporación no tiene el atractivo cuasireligioso de identidad que ofrece el Estado nacional, ni la capacidad de equilibrar, aunque sea crudamente, los requerimientos de supervivencia nacional contra los de su propia expansión.

Por ello, el brazo político del capitalismo no se reducirá ante las nuevas pruebas que plantea la corporación multinacional. En vez de ello, se fortalecerá y ampliará eventualmente, extendiéndose de maneras que no eran necesarias cuando el poder de la corporación era en general coextenso con el del Estado-nación más que extendiéndose hacia las áreas de otros Estados. El capitalismo multinacional... , aunque caracterizado por empresas que extienden sus operaciones privadas hacia dimensiones globales, será aún más urgido en dirección al planeamiento y al control político que si las multinacionales, por algún milagro, desaparecieran de la escena (pp. 76 y 77).

Frente a los desafíos actuales y futuros le parece a Heilbroner no existir alternativa a la extensión de la organización, el control, la disciplina económica y política, sobre las actividades de la humanidad. Si ello es así, habrá que usar tanto las crudas agencias del nacionalismo con su irracionalidad y su fuerza, y las corporaciones con sus jerarquías de *status* y de insatisfacción inculcada. Un cambio radical en las organizaciones sociales que pueda librarnos de estos mecanismos centrales debe esperar las transformaciones de la sociedad por fuerzas disolventes de largo plazo. ¿Cuáles son dichas transformaciones, y sus implicaciones para largo plazo? Estas preguntas llevan finalmente a Heilbroner al análisis de las perspectivas del largo plazo.

Para Heilbroner, puede suponerse la existencia y la tendencia a un peso creciente de ciertos desafíos de largo plazo que irán constriñendo y erosionando cada vez más al capitalismo y podrían determinar su desaparición, en el plazo de un siglo aproximadamente. En primer lugar, el capitalismo es un proceso exponencial, en bola de nieve, que requiere crecientes cantidades de recursos y expele crecientes cantidades de desechos, sólo para mantener su ritmo constante de expansión. Ningún proceso social exponencial es capaz de continuidad indefinida, porque sobrecarga su medioambiente, consume todos sus nutrientes o envenena por sus productos de desecho. En segundo lugar, el capitalismo multiplica y refuerza las fuentes, procesos y efectos de la contaminación ambiental, incluso los peligros de modificación climática por inadvertencia, pero global e irreversible. En tercer lugar, debe considerarse la creciente tensión entre países pobres y países ricos, cualquiera sea su estructura social, y los peligros de guerras de redistribución contra países ricos, tanto capitalistas como socialistas. En cuarto lugar, está la constricción del impulso expansivo del capitalismo, y los consiguientes cambios de valores, ambiciones y moral del sistema. Ello se entrelaza con el refuerzo de las tendencias al Estado burocrático altamente planificado. Finalmente, la civilización capitalista puede ir entrando en decadencia por cambios en su estructura de valores: rechazo a la primacía de lo puramente pecuniario; menosprecio por el valor del trabajo como fin en sí mismo; comprobación de las debilidades y distorsiones del mecanismo de mercado.

De acuerdo al análisis de Heilbroner, las crecientes tensiones dentro de cada país y en el sistema internacional, las mayores preocupaciones por una supervivencia colectiva e individual que se ve acosada por múltiples amenazas, producen nuevos valores en reemplazo de los que van decayendo y desprestigiándose. Ello incluye posibilidades de emergencia de grandes movimientos religiosos y nacionalistas; la reafirmación de variadas formas de autoritarismo político y de estatolatría.

Finalmente, el autor sugiere algunos elementos de balance crítico sobre el capitalismo. En su debe, incluye la adopción de una perspectiva groseramente materialista y de pautas de comportamiento autocentrado; la exaltación de las normas y valores sociales de cálculo y egoísmo como parte de un modelo paradigmático. En su haber computa las ideas de igualdad y de disentimiento político, la aventura intelectual, el espíritu de inconformismo social, la invención del régimen parlamentario, las proezas científicas, el espíritu de innovación artística, las creaciones de los prototipos de intelectual autoconciente y de organización empresarial.

Se pregunta para concluir: ¿Hasta dónde el socialismo aceptará o promoverá que el individuo desarrolle sus atributos únicos, sus diferencias y excentricidades? El autor cree que el socialismo encontrará su razón de ser en el cultivo deliberado de una sociedad orgánica, que establezca normas de conducta, pautas morales compartidas, visiones unificadoras de su destino. Si ello es así, ¿Qué límites habrá entonces para la expresión de preferencias privadas? ¿Qué libertades se concederá a las manifestaciones artísticas, los hábitos sociales o sexuales, las expresiones políticas? Para Heilbroner, las respuestas dependerán en gran medida de la dureza de las coacciones ambientales, económicas y sociales, pero también de la concepción que se adopte y prevalezca sobre la naturaleza del hombre como criatura social infinitamente maleable, plástica; o como ser cuyo individualismo refleja finalmente la unicidad y la autonomía final de cada persona.

MARCOS KAPLAN

JUÁREZ, Antonio, *Las corporaciones transnacionales y los trabajadores mexicanos*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979, 292 p.

No sería cabal el análisis de las relaciones entre las corporaciones transnacionales y los trabajadores mexicanos si no pasara, como expresa Antonio Juárez, por el examen de las tendencias universales de la acumulación capitalista a escala mundial. Contemplar esas relaciones como hechos únicos y aislados rompería con la sustancia internacional del capitalismo.

El carácter dependiente de la economía latinoamericana es el reflejo fiel del carácter imperialista de las corporaciones transnacionales. De ahí que el autor observe la incidencia de las estrategias y de los esquemas de producción en las condiciones materiales (de vida) de los trabajadores activos y potenciales, y la erosión del poder de las organizaciones de clase de los propios obreros; es decir, que siempre acompaña a la operación de las transnacionales una política laboral que tiende a la mediatización o elimi-